

Guerra Civil en Barbastro

Antonio Bellella Cardiel cmf

Barbastro, capital de la comarca altoaragonesa del Somontano, vivió en los primeros meses de la guerra civil española uno de los períodos más difíciles de su historia. Los historiadores de todo signo coinciden en afirmar que la ciudad puede considerarse una de las capitales de la revolución. Decir revolución supone utilizar un término específico que responde a la complejidad del contexto y el momento, y explica el alcance de los sucesos que se vivieron en torno al golpe militar de julio de 1936.

Las elecciones de febrero de 1936 arrojaron en Barbastro un resultado favorable al Frente Popular, que obtuvo el 34% de los votos. La segunda lista más votada fue la de la CEDA, consiguiendo el 29%. Al igual que en el resto de España, las fuerzas políticas barbastrenses estaban relativamente igualadas; pero, en el enmarañado escenario de la primavera de 1936, dicho equilibrio no condujo a la moderación sino a la polarización y a la violencia. Entre febrero y julio se vivió por tanto una tensión creciente que, a nivel político, favoreció el ascenso de propuestas populistas y extremistas.

La ansiedad política estaba muy unida a la problemática socio económica. El alto número de afiliados al sindicato anarquista CNT en la comarca del Somontano, más de 500 personas (200 de ellas en Barbastro), es indicativo tanto de la existencia de amplias capas de pobreza en la zona como de la fuerza que habían adquirido las protestas laborales. Prueba de ello fue la celebración del primero de mayo en 1936, que se vivió en la región como un punto de inflexión social, caracterizado por un intenso carácter reivindicativo. Lo que para algunos vecinos era el camino hacia una nueva era de justicia y libertad, era visto por otros como el caldo de cultivo de la temida revolución. Por ello, en la ciudad también existía una junta civil, favorable a una intervención militar, que contaba con unos 120 inscritos.

El golpe de Estado, iniciado el 17 de julio en Melilla, no consiguió frenar la revolución, sino provocarla en aquellas zonas donde la conflictividad social era mayor, como sucedió en Barbastro. En la capital del Somontano confluieron tres elementos que determinaron la preponderancia del anarquismo revolucionario a partir del 18 de julio: el vacío de poder local, creado por la inhibición en sus funciones del ayuntamiento republicano del Frente Popular; la incertidumbre del coronel Villalba, jefe del destacamento castrense, sobre qué postura tomar ante la sublevación militar; y, finalmente, la capacidad de organización y la operatividad del comité anarquista local.

Los anarquistas barbastrenses (CNT) se propusieron de inmediato dos objetivos: neutralizar a las fuerzas de seguridad y crear una organización política nueva. Para ello, pusieron en marcha tres comités: el revolucionario, de carácter político; el de investigación, encargado de identificar y detener a los supuestos cómplices de los sublevados; y el de vigilancia, cuya función más destacada era la de patrullar las calles, con la intención de asegurar el orden público revolucionario. Los tres comités empezaron a actuar coordinadamente el mismo 18 de julio. Al día siguiente,

comenzaron las detenciones de destacados representantes del clero, entre los que estaban el vicario general, algunos canónigos y varios párrocos.

El encarcelamiento de los religiosos comenzó el día 20, así como la expulsión de las religiosas de sus conventos. El comité local detuvo al Obispo el día 21, con la intención de presionar al coronel Villalba para que no se sumara a los militares golpistas. La llegada de los anarquistas de Barcelona, el 25 de julio, camino del frente de Huesca, generó una euforia revolucionaria que se tradujo en el aumento de las presiones sobre el comité local para la eliminación física de todo presunto fascista, presente en la comarca. Entre estos se incluía acriticamente a los sacerdotes y a los miembros de las tres congregaciones masculinas presentes en la población: benedictinos, escolapios y claretianos.

La persecución religiosa no tardó en endurecerse hasta alcanzar límites inimaginables. La diócesis de Barbastro tiene el triste mérito de encabezar la lista del número de eclesiásticos asesinados: el 88 % de su clero fue eliminado. Solo en la ciudad, conocieron el martirio el obispo, 24 sacerdotes, algunos laicos destacados y 78 religiosos. Entre estos últimos, 51 Misioneros Claretianos en su mayoría menores de 25 años.

Antonio Bellella cmf